





[www.loqueleo.com](http://www.loqueleo.com)

© 2000, Eliécer Cárdenas

© De esta edición:

2017, Santillana S. A.

Calle de las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-808-2

Derechos de autor: 14076

Depósito legal: 1584

Impreso en Ecuador por Publiasesores

Primera edición en Santillana Ecuador: Agosto 2000

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Junio 2017

Décima cuarta reimpresión en Santillana Ecuador: Junio 2017

Editora: Annamari de Piérola

Ilustraciones: Santiago González

Diagramación: Ramiro Jiménez

Supervisión editorial: María Tamariz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

# Historias de Papayal

Eliécer Cárdenas

Muestra  
promocional

Prohibida  
su venta

© Santillana



loqueleto

# Índice



El cangrejo viajero .....	9
La culebra que no quería crecer .....	23
El tronco y las hormigas .....	37
El papagayo y los loritos que aprendieron política .....	53
Biografía .....	69
Cuaderno de actividades .....	71

## El cangrejo viajero



Los cangrejos que viven a las orillas de los riachuelos que corren entre las montañas de Papayal son negros y pequeños. Se resguardan bajo las piedras cercanas al agua y nadan felices entre las corrientes que son rápidas y muy claras, tanto que se ven las piedrecitas multicolores del fondo. Nada les faltaba a esos cangrejos de río. El alimento era abundante y solo debían precaverse de las aves que hundían los picos entre las piedras para engullir un buen bocado.

Sin embargo, un pequeño cangrejo no se sentía contento con su vida a orillas del arro-

yo. Con sus ojos saltones y sus antenitas se pasaba las horas contemplando inmóvil el paso de la corriente que se llevaba, montaña abajo, briznas de hierbas y hojarascas caídas.

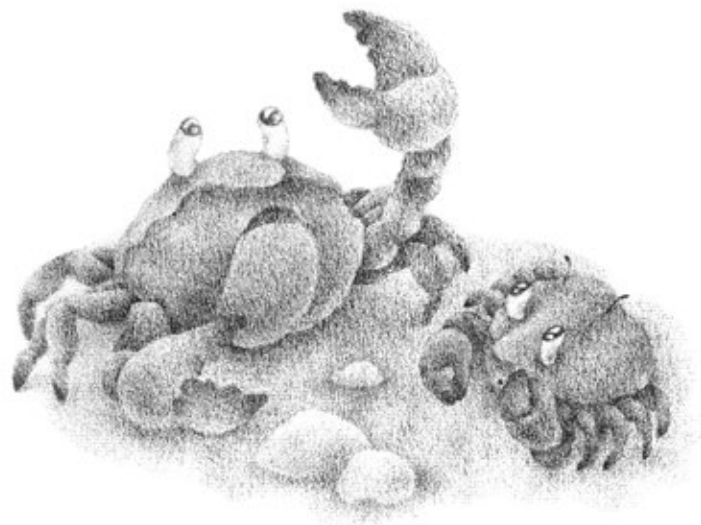
10 —Si pudiera viajar —suspiraba el cangrejo—, entonces iría no solo hasta los remolinos donde se estrellan las ramas caídas. Iría muchísimo más allá, hasta sitios que ninguno de mis hermanos cangrejos conocen.

El cangrejito de río se enteró, a través de los cangrejos mayores, a dónde iban las aguas del sonoro arroyo montañoso en cuyas orillas habitaban.

—Sabemos que esta agua lleva a otras aguas más grandes, monte abajo, y aquellas aguas van a un lugar que está hecho únicamente de agua, pero no dulce y sabrosa como esta, sino salada, y quizá peligrosa para nosotros —le contó un cangrejo adulto del grupo.

—Más allá de aquel rincón del riachuelo había muchos riesgos —contó otro cangrejo maduro que en su juventud fue bastante curioso y se aventuró unos metros corriente abajo—. Allí encontré peces muy grandes y voraces, bandadas de aves que abrían sus picos para devorarme, y me volví para no moverme más de aquí. Este sitio es el mejor del mundo para los cangrejos del río —le dijo el experimentado adulto.

11



Pero el pequeño cangrejito no se conformaba con esas historias que le aconsejaban no tener demasiada curiosidad por el curso de la corriente. Y seguía mirando el paso de las aguas claras y espumosas sobre el lecho de menudas piedras del riachuelo, y aumentaba su anhelo de ir lejos, muchísimo más lejos del sitio al que había llegado el cangrejo curado de viajes.

Un buen día llegó al lugar un bullicioso grupo de cotorras habladoras. Acamparon en un árbol cercano y entre ellas no se cansaban de conversar acerca del ancho mundo, que parecían conocer de un extremo a otro.

El cangrejito, al escucharlas, se aproximó al pie del árbol y preguntó:

—¿Conocen el sitio a donde van a dar las aguas de todos los riachuelos?

—Vaya que sí lo conocemos —respondió una de las cotorras habladoras mientras cerraba el párpado azul de uno de los ojos—.

Es un lugar que tiene muchísimos cangrejos que viven en las orillas, pero no son negros y pequeñitos como tú, sino muy rojos y púrpuras también, y muy fuertes, con un inmenso par de tenazas con las que asustan a los intrusos.

Y el cangrejito de río se entusiasmó mucho más con la idea de marcharse hacia donde todas las aguas desembocan, para conocer a los prodigiosos cangrejos de color rojo o púrpura, muchísimo más fuertes e importantes que los que pertenecían a su especie. Si vivía entre ellos, él podría darse importancia, y posiblemente su caparazón se volvería rojo, o púrpura, pensó. El pequeño cangrejo era todo curiosidad.

Al fin decidió dejarse llevar por la corriente, río abajo. Sintió que el agua lo transportaba cada vez más lejos, hasta que ya no pudo distinguir la piedra gris bajo la cual habita-

14 ban sus parientes. El arroyo caía en breves cascadas, se hundía en gargantas con los bordes cubiertos por helechos y palmas, y el cangrejo movía las patitas para evitar que el ímpetu del agua hiciera chocar su cuerpo entre las rocas. Estaba exhausto y hambriento, en la corriente, cuando un par de cangrejos negros como él lo llamaron desde la orilla.

—¿A dónde vas? ¿Te encuentras extraviado? La correntada te va a llevar sin remedio hasta sitios en los cuales para nosotros es difícil vivir —le dijeron los cangrejos después que le dieron de comer.

—Solo deseo recuperar mis fuerzas para seguir adelante —les respondió el cangrejito—. Voy al lugar donde todas las aguas se vuelven una sola.

Y el animoso cangrejo continuó su viaje, ante la admiración de los otros. Más allá, el riachuelo se fue convirtiendo en un auténti-

co río debido a la afluencia de arroyos menores, y empezaba a correr, poderoso y oscuro, a lo largo de una amplia llanura bordeada por verdes cañaverales y espesos penachos de guadúas. Empezó a llover de golpe, y llovió tanto que el río se desbordó, y el pequeño cangrejo, arrastrado por el agua, fue a dar en un inundado plantío de arroz, donde algunos cangrejos negros como él buscaban con afán un pedazo de tierra libre de agua.

—¿A dónde vas, cangrejito? —le preguntaron los náufragos—. Se ve que no

15

